

“Yollotl, el corazón”

p. 113-130

Xochimiquitzli, *la muerte florida*

El sacrificio humano entre los mexicas

Patrick Johansson Keraudren

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

2022

560 p.

Códices, grabados, fotografías, láminas

(Cultura Náhuatl. Monografías 38)

ISBN 978-607-30-5619-9

Formato: PDF

Publicado en línea: 31 de octubre de 2022

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/781/muerte_florida.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2022, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



YOLLOTL, EL CORAZÓN

El órgano que regula la circulación de la sangre en el cuerpo es el corazón. Este hecho era conocido por los antiguos nahuas, quienes hicieron de él la máxima ofrenda sacrificial. Cuando el don de la sangre implicaba la inmolación del ser humano, cualesquiera que fueran las modalidades rituales, la ceremonia culminaba siempre con la extracción del corazón (figura 4.1) y su ofrenda al ente divino festejado.

Órgano central del individuo, en el mundo náhuatl el corazón determinó tanto el funcionamiento biológico como la organización intelectual de la vida. Como la sangre, el corazón era el *ipal nemoani* (gracias a lo que —no a quien— se existe), locución que encontramos en numerosos textos en náhuatl y español. Fue traducida como “dador de la vida” por Ángel María Garibay y Miguel León-Portilla y atribuida hipotéticamente a un dios indígena no identificado con certeza (¿Tezcatlipoca o Quetzalcóatl?).

Los frailes la retomaron para aplicarla al Dios cristiano, por lo que es difícil que haya sido una deidad prehispánica genuina por el sincretismo abusivo que denunciaron los franciscanos.¹ Es más probable que el *ipal nemoani* (gracias a lo que se existe) haya sido, en términos más propiamente “bio-lógicos”, la sangre (*eztli*) y el corazón (*yollotl*) que el cristianismo podía trasladar homológicamente, o mejor dicho “hemológicamente”, hacia la sangre y el corazón de Jesús.

LO BIOLÓGICO Y LO CULTURAL

Como la etimología de la palabra náhuatl lo indica, el corazón (*yollotl*) confiere la vida (*yoliztli*). Sus latidos regulaban no sólo la vida del

¹ Lo que hicieron con el apelativo *tonantzin* (nuestra madrecita), fustigando a los que llamaban a la madre de Cristo con un término propio de la diosa Cihuacóatl, que llegó a designar, sincréticamente, a la virgen de Guadalupe.

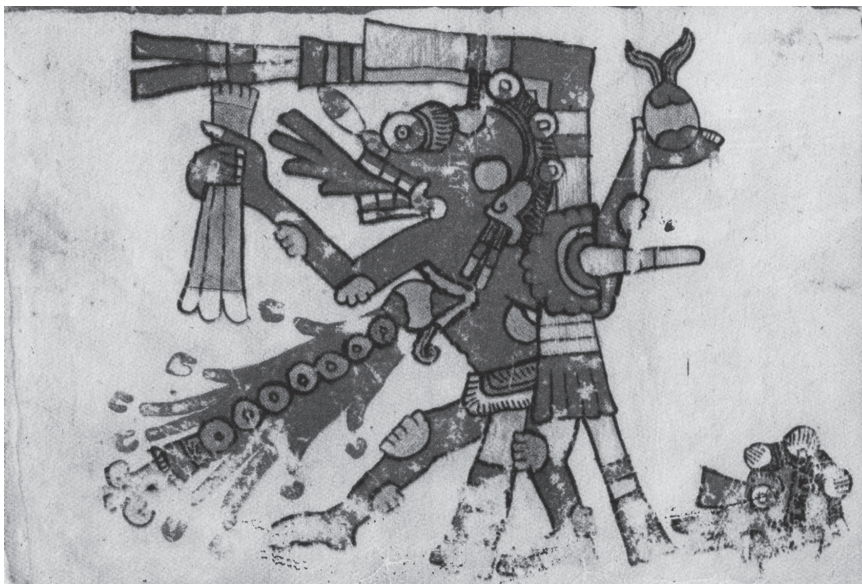


Figura 4.1. *Yolloi*, el corazón. *Códice Borgia*, lám. 22

individuo, sino también, en términos simbólicos, del universo: en el centro de la pirámide se encontraba el corazón de un adversario sacrificado para que el templo no fuera sólo un montón de piedras, sino un generador de vida. El corazón de Chichilcuáhuítl, capitán de Colhuacan, fue la ofrenda que animó (*yolloitia*) el templo de los mexicas en Tizapan.²

La mitología mexica puso en el corazón del hijo de la luna, Cópil, el principio mismo de la fase sedentaria de su existencia:

Y le matamos y sacamos el corazón, y puestos en el lugar que él nos mandó, lo arrojé yo entre las espadañas, el cual fue a caer encima de una peña, y, según la revelación que esta noche me mostró, dice que de este corazón ha nacido un tunal, encima de esta piedra, tan lindo y coposo, que encima de él hace su morada una hermosa águila.³

² *Códice Aubin* (Ms. 85, Ms. 40), en Walter Lehmann y Gerd Kutscher, *Geschichte der Azteken*, Berlín, Gebr. Mann Verlag, 1981, p. 18 (f. 25r).

³ Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme*, México, Porrúa, 1967, v. II, p. 47.

A partir del corazón de Cópil se gestaría en la piedra, el fango o el agua, según las variantes, el *tenochtili*, el tunal en torno al cual se erigiría Tenochtitlan. De hecho, en algunas representaciones del tunal, las piedras que remiten a la sílaba *te(tl)* del vocablo náhuatl *te-nochtli* tienen forma de corazones (figura 4.2). Asimismo, la iconografía establece una relación simbólicamente vital del corazón con el sexo masculino. La imagen de la aparición del tunal en el *Códice Azcatitlán* indica, curiosamente, que la planta brotó del miembro viril de Cópil (figura 4.3). Si no se trata de un descuido del *tlahcuilo*, la “erección” del tunal hierofánico estaría vinculada al sacrificio del pene, lo que establecería una correspondencia simbólica entre el corazón y el sexo además de relacionar la fundación de México-Tenochtitlan con aspectos eróticos.

Como ya lo expresamos, el corazón era considerado el *nemoani*, literalmente “lo que permite existir”,⁴ y esto se extendía simbólicamente a otros entes culturales, como en el caso de la sangre. El corazón de los seres humanos era objeto de veneración y se veía asimilado al fuego, al concepto de “centro” y al sol en distintos contextos rituales. Frente a esta realidad cultural tan arraigada, los españoles no pudieron más que intentar una transculturación y desviaron paulatinamente la sacralidad del corazón indígena hacia el corazón de Jesucristo, y luego más en general hacia Dios, mediante la expresión *Ipalnemoani* (él, gracias a quien se existe).

No se sabe con certeza si esta transculturación y transfuncionalización del valor sacro del corazón indígena en divinidad cristiana fue eficaz, en términos de evangelización. Los manuscritos *Cantares mexicanos* y *Romances de los señores de la Nueva España* están plagados de referencias al *Ipalnemoani*, en el contexto del dios cristiano, pero es probable que remitieran al corazón en la versión original, antes de una interpolación.

Es comprensible que las fuentes indígenas que evocaban el corazón humano como ente sagrado hayan sido censuradas o expurgadas de sus alusiones consideradas “paganas”. Sin embargo, la omnipresencia del corazón en la iconografía náhuatl muestra que el *Ipalnemoani* (él, gracias a quien se existe) era el corazón de los seres.

⁴ Como mencionamos, conviene diferenciar *yoliztli* (la vida), que incluye la muerte, de *nemiztli* (la existencia), que se refiere al “andar” existencial.



Figura 4.2. Las piedras del tunal en forma de corazones.
Códice mendocino, lám. I (detalle)



Figura 4.3. El tunal brota del sexo de Cópil.
Códice Azcatitlan, lám. 12

Lo intelectual y lo sensible

El saber indígena prehispánico era un saber sensible. Un indígena consideraba que sabía cuando sentía, cuando comulgaba de manera afectiva con lo que buscaba conocer. El corazón era el sitio de la inteligencia emocional, es decir, de la inteligencia, sin otro epíteto.

Los términos que aluden a pensar y saber en el mundo náhuatl prehispánico establecen lo anterior. Frases como *noyollo quimati* (mi corazón lo siente) para referir la “creencia”; *ayamo cahci noyollo* (todavía no alcanza mi corazón), para “todavía no lo entiendo”; *ome yolloa* (se parte en dos mi corazón), para expresar la duda, etcétera, muestran la implicación cultural de este órgano en los procesos cognitivos.

Iconografía del corazón

La imagen del corazón en el discurso pictórico indígena varía ligeramente según el documento o el apoyo material. En los códices se representa por lo general con una forma anatómica y dos colores: rojo y amarillo. En el *Códice Borgia* (lámina 5), por ejemplo, la punta del corazón está siempre pintada de rojo y la salida de las arterias y venas se esquematiza con uno o varios microconductos truncados y dos espirales pequeñas. En el mismo códice se observa con frecuencia el ideograma del *chalchihuitl* (jade) en la punta del corazón (figura 4.4). El ideograma del jade expresa aquí lo precioso de la sangre vertida sobre el tabaco (*picietl*). En ciertos contextos iconográficos, el corazón se ve provisto de ojos, boca y dientes.

Amarillo y rojo: una sintaxis ígnea de colores

Fuera de algunos contextos específicos en los que el corazón ostenta varios colores, la sintaxis cromática amarillo/rojo parece imperar en sus representaciones iconográficas. Estos colores podrían remitir a la realidad: la hemoglobina roja y el plasma amarillo una vez decantado,⁵

⁵ Comunicación personal con el doctor Alejandro Juárez, cardiólogo.

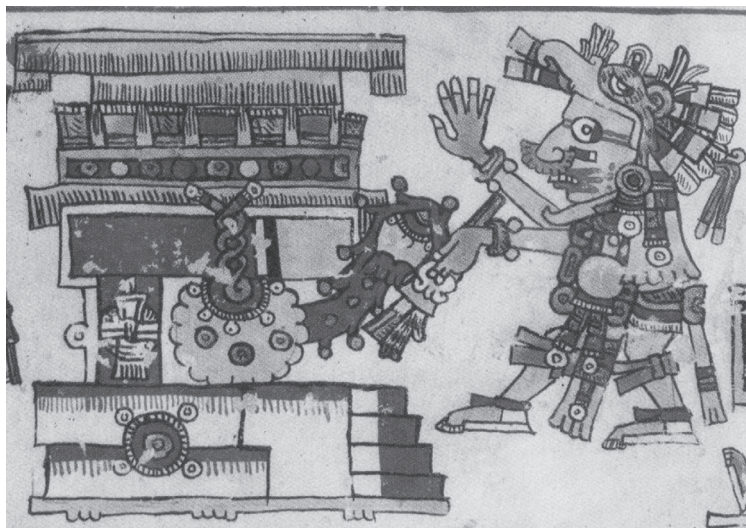


Figura 4.4. *Chalchihyolotl*, el corazón de jade. *Códice Borgia*, lám. 51

pero también podrían constituir elementos simbólicos. El rojo y el amarillo son los colores que componen la imagen del sol en la iconografía y los colores de la sangre y la carne humana en los códices. La relación cromática que se observa entre las representaciones pictóricas del corazón y el sol revela un vínculo simbólico entre ambos entes, así como entre la sangre y el fuego en el pensamiento indígena. Esta relación parece establecer que el corazón fungía como un verdadero sol que ardía dentro de cada individuo y se ofrecía en sacrificio. Era lo sagrado (*teoyo*) que cada uno tenía por dentro como sinécdoque de su ser, el equivalente orgánico del *tonalli*, sol que brillaba anímicamente en el cielo (*ilhuicatl*) que representaba la cabeza.⁶

El amarillo y el rojo salen con frecuencia de los límites formales que constituyen la representación tradicional de un corazón para cobrar un cierto proteísmo (lámina 6). En la imagen del *tzompantli* aquí referida, el amarillo y el rojo están pintados de manera concéntrica sobre la parte trasera de los cráneos, como si figuraran una trepanación. Sin embargo, más que una trepanación, es probable que su posición represente la

⁶ En el libro X del *Códice florentino*, en el capítulo dedicado a las partes del cuerpo, se señala que la cabeza era también referida como *ilhuicatl* (el cielo). *Códice florentino*, facsimilar elaborado por el Gobierno de la República Mexicana, México, Giunte Barbera, 1979.



Figura 4.5. Sacrificio de Yohualtecuhtli. *Códice Borgia*, lám. 40

unión simbólica de la sangre y el hueso, del corazón y la cabeza, en un acto cosmogónico, como se puede apreciar de manera más explícita en otras representaciones (lámina 7). La posición de los corazones y los elementos óseos, el hueso y la calavera, en las esquinas de la cancha de juego de pelota, muestra la función cosmogónica del juego en este contexto ritual. Aun en ausencia del contorno que delinea, en esta imagen en la que predomina la muerte, el amarillo y el rojo sugieren la omnipresencia del corazón.

La estrecha relación entre el corazón humano y el astro rey se pone de manifiesto en la iconografía indígena. Aduciremos como último ejemplo el sacrificio de los soles que se ubican en distintas partes del cuerpo del dios de la noche, Yohualtecuhtli, y la extracción de cada uno (figura 4.5). El corazón es el sol que brilla en lo más profundo de los seres indígenas en tiempos anteriores a la conquista, es el *nemoani* que permite la existencia.

LA EXTRACCIÓN SACRIFICIAL DEL CORAZÓN

Si, en términos generales, el corazón representaba para los nahuas el *nemoani* (el o lo que permite existir), en un contexto sacrificial se le llamaba

*cuauhnochtli tlazotli*⁷ (la preciosa tuna del águila), por su forma y color rojo, pero también por razones más entrañablemente mitológicas. La planta que produce la tuna roja, el tunal (*tenochtli*), brotó en medio de la laguna del corazón de Cópil que había caído sobre una piedra,⁸ y sobre esta planta se posó el águila solar.

El gesto ritual

El ápice ceremonial de los sacrificios humanos, cualquiera que fuera su naturaleza ritual, era la extracción solemne del corazón de la víctima por el sacrificador principal. En la fiesta Tlacaxipehualiztli, los sacrificadores echaban a la víctima de espaldas sobre la piedra de sacrificios (*techcatl*): “tomábanlos dos por los pies y otros dos por las manos, y otro por la cabeza, y otro con un navajón de pedernal con un golpe se lo sumía por los pechos, y por aquella abertura metía la mano y le arrancaba el corazón, el cual le ofrecía al sol y a los otros dioses, señalando con él hacia las cuatro partes del mundo”.⁹

Se ha hablado mucho de la técnica empleada por los sacrificadores para sacar el corazón de la caja torácica. Según los cardiólogos,¹⁰ resulta difícil, por no decir imposible, romperla y extraer el corazón por la abertura entre las costillas, en el tiempo corto que requiere la solemnidad del acto. La iconografía indígena del sacrificio humano (lámina 1) puede hacer pensar que así se hacía, pero no debemos olvidar que la imagen tiene un carácter simbólico que no siempre considera aspectos reales si estos no se integran a la producción del sentido deseado.

Lo más probable es que el sacrificador hundiera el cuchillo de pedernal debajo de las costillas flotantes de la víctima, arqueada sobre una piedra de sacrificios relativamente estrecha, metiera la mano y arrancara el corazón fuera del cuerpo, como señala Sahagún. Según algunos médicos cirujanos, es prácticamente imposible sacar el corazón

⁷ *Ibid.*, lib. II, cap. 21.

⁸ Es interesante observar que cuando el semen de Quetzalcóatl cayó sobre una piedra nació *tzinacatl* (el murciélago). *Códice magliabechiano*, ed. facsimilar, Graz, Akademische Druck und Verlagsanstalt, 1970, lám. 61v.

⁹ Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, México, Porrúa, 1989, p. 100.

¹⁰ Comunicación personal con el doctor Alejandro Juárez, cardiólogo.

de la cavidad torácica sin haber cortado antes las arterias y venas que lo sujetan. Por lo tanto, es posible que el sacrificador metiera el cuchillo de pedernal dentro de la abertura para cortar las arterias y las venas y sacar el corazón intacto.

El sacerdote alzaba el corazón con solemnidad para que lo viera la comunidad reunida y lo apreciara el ente divino concernido. La aprehensión del corazón extraído mediante la mirada permitía su interiorización profunda y un “consumo visual” equivalente a la ingestión. Por lo general, la extracción del corazón precedía a otros actos rituales, como el degollamiento y el desollamiento. Sin embargo, cuando el esquema mitológico lo requería, se extraía el corazón después de la decapitación:

Subía el principal sacrificador con su cuchillo en la mano y degollábalo, mandándole fuese con su mensaje al verdadero sol a la otra vida, y escurríanle la sangre en aquella pileta, la cual por aquella canal que tenía, se derramaba delante de la cámara del sol y el sol que estaba pintado en la piedra se henchía de aquella sangre. Acabada de salir toda la sangre, luego le abrían por el pecho y le sacaban el corazón.¹¹

Las últimas contracciones de este órgano hacían que el cuerpo decapitado “eyaculara” la sangre por el cuello y la derramara sobre la imagen del sol.

El destino final del corazón

El corazón extraído del pecho de una víctima a veces era “arrojado al ídolo”, pero era más frecuente que se depositara en una jícara llamada *cuauhxicalli* (la jícara del águila). El águila era un rapaz relacionado con el sol, lo que justificaba el nombre de la jícara.¹²

En contextos rituales de regeneración de la naturaleza se echaban los corazones sobre el zacate, es decir, la hierba muerta. También se enterraban en lugares que se buscaba regenerar o se arrojaban al agua,

¹¹ Durán, *Historia de las Indias...*, v. I, p. 107.

¹² Existe, sin embargo, la posibilidad de que el radical *cuauh-* haya remitido a la madera (*cuahuitl*) y no al águila (*cuauhtli*), porque el cambio morfofonémico borra los matices semánticos en composición.



Figura 4.6. Se consumen los corazones. *Códice Borgia*, lám. 23

en especial en el molino de Pantitlan. En los sacrificios de acompañamiento en las exequias de los señores, el corazón de los esclavos inmolados era arrojado sobre el fuego en el que ardía el cadáver.

En ciertos contextos rituales, como veremos adelante, los corazones eran comidos por la divinidad (figura 4.6) y luego por los sacerdotes. En términos generales, después del sacrificio los corazones se utilizaban con fines de generación o regeneración.

LOS ACCESORIOS DEL SACRIFICIO

Como parte del aparato ritual que envolvía el sacrificio figuraban los objetos e instrumentos con los que se daba muerte a la víctima y en los que se conservaban los corazones después del sacrificio. Lo pragmático se conjugaba con lo mítico-religioso porque los objetos se veían dotados de un simbolismo particular.

Techcatl, *la piedra de sacrificio*

El altar en el que se procedía al acto sacrificial era una piedra situada delante del adoratorio del dios (figura 4.7). Torquemada la describe así:

Había una piedra en lo alto del templo, sentada sobre el plan y suelo que hacía la placeta donde estaban las capillas y altares de los ídolos, en frente de la dicha capilla y muy cerca de las gradas del altar, y era de más de una braza en largo y media vara de ancho y de grueso una tercia.

Esta piedra, dicen algunos que era a manera de pirámide más puntiaguda que llana, para mejor atesar los hombres para el acto y buena expedición del sacrificio; y me parece llevar mucha razón, por lo que después veremos. En esta piedra se hacían los sacrificios de hombres muy de ordinario y no servía para otro ninguno de animal o ave que fuese sacrificado.¹³

La forma cónica o piramidal de la piedra se prestaba perfectamente a los determinismos prácticos de su utilización. Es probable, sin embargo, que su diseño haya reproducido por analogía los montes y las pirámides sobre las cuales se inmolaba a los hombres. Sahagún recuerda el origen mítico de la piedra en Tula:

También otro embuste que fue de los dichos toltecas, lo cual hizo el dicho nigromántico, que llovió sobre ellos piedras y después de pasado esto cayóles del cielo una piedra grande que se llamaba *techcatl*, y desde entonces andaba una vieja india en un lugar que se llama Chapultépec Cuitlapilco, o por otro nombre Huetzinco, vendiendo unas banderillas de papel diciendo: ¡A las banderas!

Quien se determinaba a morir luego decía: compradme una banderilla, y siéndole mercada la banderilla luego se iba a donde estaba la dicha piedra *techcatl*, y allí le mataban.¹⁴

Las biznagas y el mezquite sobre los cuales los aztecas sacrificaron a los *mimixcoas* en una etapa de su peregrinación son un antecedente mítico de la piedra del sacrificio (*vid. supra*, figura 1.3, p. 31).

¹³ Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1992, v. II, p. 177.

¹⁴ *Códice florentino*, lib. III, cap. 10.

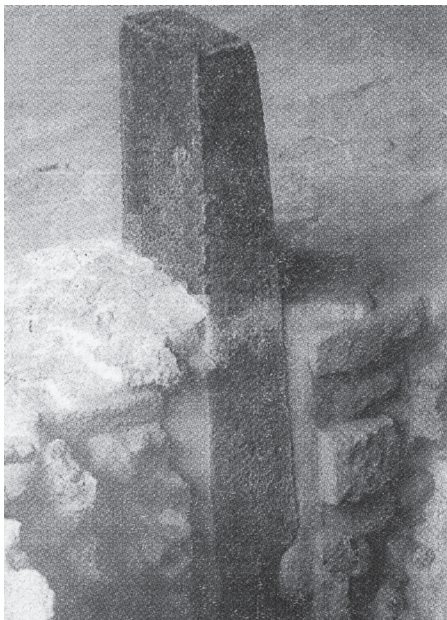


Figura 4.7. La piedra de los sacrificios.
Museo del Templo Mayor

Otros objetos podían fungir como piedra de sacrificio, por ejemplo, el *teponaztli*, tambor a dos tonos de suma importancia en los rituales precolombinos. Una representación en piedra del *teponaztli* podía servir de *techcatl*. Cuando se trataba del instrumento mismo, la víctima era sacrificada junto a él: “y, poniendo junto a las cenizas un *teponaztli* que es el instrumento con que ellos tañen cuando bailan, echábanlos junto a aquel *teponaztli* de espaldas y cortábanles el pecho y sacándoles a todos el corazón y la sangre”.¹⁵

La espalda de un sacerdote podía también servir de *techcatl* por razones mítico-religiosas de teatralidad ritual:

Habiéndose recogido toda la gente en el templo bien de madrugada, antes que amaneciese, sacaban a esta india santificada en diosa, y tomándola un sacerdote a cuestras, boca arriba y teniéndola asida por los brazos, echada ella boca arriba en las espaldas del indio, llegaba el sacrificador y

¹⁵ Durán, *Historia de las Indias...*, v. II, p. 300.

echaba la mano de los cabellos y degollábala, de suerte que el que la tenía se bañaba todo en sangre.¹⁶

La figura antropomorfa en piedra conocida como Chac Mo'ol (figura 4.8), “garra roja” en maya, y cuyo nombre en náhuatl es desconocido, fungía también como piedra sacrificial. La locución remite al jaguar maya, pero se origina en la cultura tolteca. Lo que caracteriza esta piedra es que personifica algo o representa a alguien. La postura debe haber sido significativa, así como la orientación de la mirada. En el Templo Mayor (etapa II), el *techcatl* mencionado (figura 4.7) estaba situado frente al oratorio de Huitzilopochtli, mientras que el Chac Mo'ol estaba frente al oratorio de Tláloc. Es probable que en éste se sacrificaran víctimas al dios de la lluvia.

Tecpatl, *el cuchillo sacrificial*

Un cuchillo de pedernal era el instrumento que utilizaban los sacrificadores para abrir el pecho de la víctima (figura 4.9). Motolinía lo describe al evocar la fiesta de Panquetzaliztli:

Una piedra de pedernal con que sacaban lumbre, de esta piedra hecho un navajón como hierro de lanza, no mucho agudo, porque como es piedra muy recia y salta, no se puede hacer muy aguda; esto digo porque muchos piensan que eran de aquellas navajas de piedra negra, que en esta tierra las hay, y sácanlas con el filo tan delgado como de una navaja.¹⁷

Motolinía distingue el pedernal (*tecpatl*) de la obsidiana (*itztli*), que servía por lo general para sangrar distintas partes del cuerpo en los autosacrificios y se utilizaba a veces para abrir el pecho de las víctimas.

Durán señala que el cuchillo utilizado por el sacerdote *yohualahuan totec* en el sacrificio correspondiente a la fiesta Tlacaxipehualiztli, llamado *ixcuauhal*, era “ancho, de navaja negra”.¹⁸ La palabra náhuatl *itzmiquiztli*,

¹⁶ *Ibid.*, v. I, p. 146.

¹⁷ Toribio de Benavente (Motolinía), *Historia de los indios de la Nueva España. Colección de documentos para la historia de México*, México, Porrúa, 1980, p. 40.

¹⁸ Durán, *Historia de las Indias...*, v. II, p. 173.



Figura 4.8. Chac mo'ol mexicana. Museo del Templo Mayor

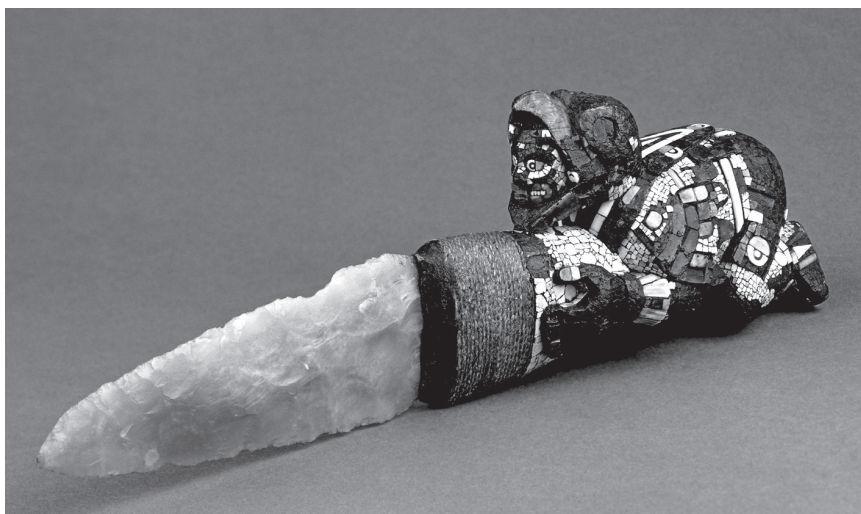


Figura 4.9. Cuchillo de sacrificio. Museo Británico de Londres

literalmente “muerte de obsidiana”, que se refiere al sacrificio humano, tiende a confirmar que tanto el sílex (*tecpatl*) como la obsidiana (*itztli*) abrían ritualmente el pecho de las víctimas.

Además de su poder de penetración, el cuchillo tenía virtudes mágicas como ya vimos. Cuando una víctima se entristecía antes de ser inmolada, lo que era considerado de mal agüero, le daban una jícara de cacao mezclado con el agua con la cual habían lavado los cuchillos de sacrificio cubiertos de sangre.

La cual bebida dicen que hacía tal operación en él que quedaba sin ninguna memoria de lo que le habían dicho y casi insensible, y que luego volvía al ordinario contento y baile, olvidado del apercibimiento que le habían hecho. Y es opinión que él mismo con mucha alegría y contento se ofrecía a la muerte enhechizado con aquel brebaje, al cual brebaje llamaban *itzpacatl*, que quiere decir “lavazas del cuchillo”. La causa porque le daban este brebaje era porque el entristecerse este indio de tal apercibimiento que le hacían teníanlo por muy mal agüero y pronóstico de algún mal futuro.¹⁹

El simbolismo fálico del cuchillo de sacrificio es indudable, por lo que la penetración en el pecho de una víctima tenía un valor de fecundación con carácter sexual. Una prueba de esto es el mito náhuatl de creación en el que, al penetrar un pedernal proveniente del cielo en la cueva matricial Chicomóztoc, salieron mil seiscientos dioses y diosas.²⁰ La unión hierogámica pedernal/cueva anticipa la relación fecunda cuchillo/pecho humano de la que sale la “tuna del águila” (*cuauhmoctli*), es decir, el corazón. Sahagún describió el cuchillo de sacrificio de la siguiente manera: “y cortaban los pechos con unos pedernales hechos a manera de hierros de lanzón, muy agudos ingeridos en unos astiles cortos”.²¹

Cuauhxicalli, la jícara del águila

Una vez sacrificada la víctima y ungidos de sangre los rostros de los ídolos, los corazones se echaban en grandes vasijas labradas (figura 4.10).

¹⁹ *Ibid.*, v. I, p. 63-64.

²⁰ Torquemada, *Monarquía indiana*, v. III, p. 120-121.

²¹ *Códice florentino*, lib. IX, cap. 14; Sahagún, *Historia general...*, p. 514.



Figura 4.10. *Cuauhxicalli*. Museo Nacional de Antropología

Algunas eran monumentales, como la del Templo Mayor de México-Tenochtitlan, otras servían para llevar los corazones al lugar de la ofrenda. En la fiesta Etzalcualiztli “también llevaban los corazones de todos los que habían muerto, metidos en una olla pintada de azul y teñida con *ulli* en cuatro partes; también los papeles iban todos manchados de *ulli*”.²²

La jícara que recibía el corazón de la semejanza de la diosa de la sal Huixtocíhuatl tenía por nombre *chalchiuhxicalli* (la jícara de jade). A veces el pecho mismo de la víctima servía de jícara. En la fiesta Tlaxipehualiztli, después de extraer el corazón, “otro sacerdote tomaba un cañuto de caña hueca, y metíalo en el agujero por donde le habían sacado el corazón, y tiñéndola en la sangre, tornábala a sacar ofrecía aquella sangre al sol”.²³

El sol bebía así directamente del pecho abierto del ser inmolido. A veces las jícaras recibían la sangre, mas no los corazones de los sacrificados: “luego venía el dueño del cautivo y recibía la sangre del cautivo en una jícara bordada de plumas toda la orilla; en la misma jícara iba un cañuto también aforrado con plumas”.²⁴

²² *Códice florentino*, lib. II, cap. 25; Sahagún, *Historia general...*, p. 118.

²³ *Códice florentino*, lib. II, cap. 21; Sahagún, *Historia general...*, p. 102.

²⁴ *Códice florentino*, lib. II, cap. 21.



Figura 4.11. La collera. *Códice Durán*, t. I, lám. 7

La collera

Entre los instrumentos utilizados por los sacrificadores para llevar a cabo su cometido, figura lo que Durán llama una “collera”: una especie de cinta o cuerda que se colocaba en el cuello de la víctima y que un sacerdote jalaba hacia abajo para hacer sobresalir el pecho (figura 4.11). En la fiesta Tecuilhuitontli, una collera muy particular impedía que la víctima gritara:

Poníanla sobre la garganta un palo rollizo al cual tenían dos apretándole, para que no pudiese dar voces al tiempo que la abriesen los pechos. Otros dicen que era un hocico de espadarte, que es un pez marino que tiene un arma como espada en el hocico, que tiene colmillos de ambas partes; con éste la apretaban la garganta.²⁵

²⁵ *Ibid.*, lib. II, cap. 26; Sahagún, *Historia general...*, p. 121.

CONCLUSIÓN

En relación directa con la sangre, el corazón era para los mexicas el órgano vital por excelencia y el centro de la cognición sensible. Era el *nemoani* (lo que hace existir) o *ipal nemoani* (gracias a qué se existe). Fue el eslabón conceptual que los frailes utilizaron para emprender una asimilación sincrética con el corazón de Jesucristo y la imagen dorada del Santísimo, recuperando asimismo su carácter sacro prehispánico para facilitar la evangelización. En su nuevo contexto religioso, el corazón se personificó como una divinidad: Cristo o Dios padre con el apelativo usurpado de *Ipalnemoani*, cuya traducción fue entonces “gracias a quien se existe”.

El corazón indígena (*yollotl*) concentraba la energía física y anímica del ser, por lo que su extracción y subsecuente ofrenda al sol y a otros númenes constituyó el mayor sacrificio posible en aras de la vida. Recordemos que la fundación de México-Tenochtitlan se hizo sobre el corazón de Cópil, el hijo de la luna, que creció como tunal (*tenochtli*), y se convirtió en el eje religioso de la urbe mexicana.

En términos metafóricos y en un contexto sacrificial, el corazón era el fruto que se corta del árbol o de la planta que lo carga, antes de que se desprenda y caiga por el peso de su madurez, de su vejez. Era, como veremos más adelante, “la tuna del águila” (*cuauhnochtli*).